



EL LLANTO DE LA ENCINA

Con razón el paisaje se despierta
de su temblor de encinas,
perdiendo en el bucólico latido,
la sombra del rebaño por la pena.
Sabe a esparto y candil que no se acaban
el llanto de ese chozo que se pierde,
al alba de su ronda con la espiga,
por convertirse en realidad dorada.
El signo de los tiempos, fría muerte,
sabor de excavadora y agonía,
— escribiendo una ausencia necesaria —

para acabar la milenaria encina,
que deja en la orfandad a tu paisaje.
Terminan con tu vida y sin talarte,
ni el leñador siquiera.
Aunque lo mismo da la muerte, si es la
muerte. La muerte nos da igual,
las dos maneras, es signo de morir
color ocaso, en tu incierto final
de triste espera.

(Con qué luto en el lienzo pintarían,
Eugenio Hermoso y Covarsi si hubieran,
de robar los pinceles a la tarde
volviendo la cabeza.)

¿Merecería la pena ser artista
en la ausencia de la encina?
¿Dibujarían con amor la misma égloga?
Retratarían al pastor en la colina
tañendo sus canciones de su calor
ya huérfanas?
¿Vivirían? No lo sé.
Mejor es no pensarlo
Con el dolor de mil encinas muertas.

José ALVAREZ PEREZ

